

La guerra y la paz

SE HA CONVERTIDO EN LO QUE LOS INGLESES llaman un truismo, es decir, una verdad carente de significados propios, el sostener que toda paz debe ser una paz negociada, es decir, transada en igualdad de condiciones por las partes en conflicto.

Se supone que la victoria militar es un proceso ajeno a unas normas espurias de civilización, que todos hemos resuelto adoptar. Hay, según este criterio, una determinada cantidad de barbarie en imponer las condiciones de la paz, después de la victoria y, en cambio, se supone que sea una obligación de la cultura occidental el ser tolerante y benévolas con los vencidos, hasta el punto de aceptar sus propias opiniones como determinantes de la paz. Se confunde, así, la magnanimidad con la inocencia. Una cosa es, claramente, la facultad de perdonar que tiene todo vencedor y, otra bien distinta, es darle a esa facultad discrecional el carácter de un imperativo moral.

Se supone, también, que sean mejores, cualitativamente, las paces negociadas. Es decir, más durables y seguras que las que se derivan de la victoria militar. Porque son procesos que, aparentemente, conducen a la reconciliación de las partes.

A pesar de estos conceptos comúnmente aceptados, la historia política del mundo no siempre sustenta nuestros lugares comunes. Las grandes paces de la humanidad se han agrupado bajo el nombre genérico de *pax romana*, para designar el típico proceso en el que el vencedor impone todas las condiciones. Aquellas eran, ciertamente, paces terribles, en las que el aplastamiento del adversario no dejaba siquiera espacio para la transacción. Por ello no terminaban en tratados, sino en un estado de cosas, un *statu quo* que permanecía hasta la siguiente sublevación.

La historia moderna ha sido más "civilizada", porque dio origen a los tratados de paz. Pero han sido casi todos tratados impuestos -por el fuerte sobre el débil- no por medio de la pericia de la negociación, sino por la disuasión de las armas.

La Guerra de Sucesión Española, por ejemplo, que fue la primera guerra "mundial" de nuestro tiempo, terminó con el tratado de Utrecht, en el que cada parte hacía concesiones, pero los Borbones se instalaron en el trono de España, hasta hoy, a pesar de la voluntad en contrario de Austria e Inglaterra.

La Europa napoleónica fue destruida por el tratado de Chaumont y los tratados de París, en los que los vencedores volvían a trazar, a su antojo, las fronteras de los Estados, y señalaban, a dedo, la dinastía de los franceses... Como cosa extraña, en el Congreso de Viena estuvieron presentes los franceses, pero no los que fueron derrotados, sino la nueva monarquía.

La Primera Guerra Mundial, como la Segunda, terminó con la victoria de las armas; y los tratados posteriores impusieron condiciones ominosas unilaterales, sobre Alemania...

* * *

A fines del gobierno de Turbay se produjo en Colombia una victoria militar sobre la guerrilla. Todo el M-19 estaba preso. A comienzos del gobierno de Betancur, se desprestigió la victoria militar como un proceso inmoral que destruía la integridad legal del Establecimiento. Se reversó, entonces, el proceso de la victoria militar para iniciar los diálogos interminables que todavía hoy se adelantan.

Ahora se acostumbra estar en desacuerdo con las "soluciones militares" y ser partidario de las "soluciones políticas". Es el lugar común de la paz negociada. Y el equívoco supuesto de que toda victoria es ilegítima, en los tiempos modernos, y fruto de los rezagos de la barbarie.

Sin embargo, Alfonso López ha dicho, con valor intelectual, que solo es posible pactar con una guerrilla vencida.

Yo creo lo mismo. Pero hay muy poca gente en el país dispuesta a aceptar esta afirmación. La negociación, sin victoria, se convierte en una concesión que destruye el sistema republicano. Todos quisiéramos que hubiera en Colombia una "solución política". Pero ésta no puede eliminar la posibilidad legítima de que haya una victoria militar.

Juan Diego Jaramillo